

DOS HIPÓTESIS SOBRE LA DEMOCRACIA VENEZOLANA: ACTORES, DISCURSOS Y REPRESENTACIONES¹

GLADYS VILLARROEL²

INTRODUCCIÓN

En su ensayo *Comprensión de Venezuela*, Picón Salas propone la comprensión como la tarea más importante para el conocimiento de nuestro país (Picón Salas, 1988:35-56;88). La comprensión, en su obra, es definida como la actividad de una inteligencia constructiva que, partiendo de las tradiciones culturales que hemos tenido en Venezuela, permita la posibilidad de cambiar y la organización y planificación del cambio. Si comprendemos “nuestra tierra”, dice, descubriremos la “milagrosa voluntad venezolana”, la “magnífica energía venezolana”; podremos discernir cuáles son las referencias y los contenidos de nuestra “psicología colectiva”. La comprensión puede acercarnos a la identificación de las creencias, sentimientos colectivos y valores que configuran lo venezolano y que son susceptibles de “hacerse razón y conciencia” en el desarrollo de nuestro país (Picón Salas, 1988:92;1990:43). Estas notas se escriben con ésa finalidad. Conviene también decir que son un esfuerzo en desarrollo para comprender la extraordinaria y confusa dinámica política de la sociedad venezolana en nuestros días. Es decir, las anotaciones que siguen no constituyen una reflexión acabada, cerrada sobre lo que está ocurriendo en nuestro país, sino, por el contrario, provienen de un pensamiento en proceso.

¹ Una versión preliminar de este trabajo fue presentada en el XXVII Congreso Interamericano de Psicología. Caracas. 1999. Dicha versión fue desarrollada a partir de una invitación de Mireya Losada, del Instituto de Psicología de la UCV, para discutir desde diferentes disciplinas los recientes avatares de la democracia venezolana.

² Escuela de Educación. Universidad Central de Venezuela. Email: Gvilla15@aol.com.

Este trabajo ofrece una interpretación de algunos eventos recientes de la vida política venezolana. Se divide en tres partes. En la primera, se examina brevemente los conceptos de democracia, de acción y de discurso, así como la noción de *thémata* discutida por Moscovici a propósito de las representaciones sociales. Estos conceptos sirven de marco a las dos conjeturas que este artículo somete a consideración y que constituyen la segunda y tercera secciones del trabajo. Así, se propone una interpretación sobre el surgimiento de un nuevo actor colectivo en la política venezolana y se le caracteriza brevemente; finalmente, se ofrece una hipótesis que explora algunas referencias culturales que estarían sirviendo de soporte al discurso de este nuevo actor político.

ALGUNOS CONCEPTOS

UNA DEFINICIÓN DE DEMOCRACIA

El primer concepto que conviene definir es lo que se entiende por democracia. Ello luce particularmente importante en los actuales momentos. Tanto la democracia como régimen político, cuanto los gobiernos democráticos que hemos tenido a partir de 1958 han sido y están sometidos a una crítica feroz e implacable. Buena parte de la crítica y de la confusión intelectual resultante proviene, a mi manera de ver, de dos imprecisiones conceptuales alrededor de la idea de democracia. Por un lado, no se distingue entre régimen o sistema de gobierno y gobierno mismo. Ello ha tenido como consecuencia que los entuertos y equivocaciones de las políticas y de los gobernantes se hayan atribuido a la democracia como sistema de gobierno. Por el otro, se evalúa la democracia desde perspectivas diferentes, económicas o sociales, a lo que sustantivamente la democracia es: sólo y únicamente un *régimen político*. Régimen que permite cambiar sin violencia a los gobernantes y que ha mostrado en otras latitudes, y en algunos casos a lo largo de siglos, una tendencia a resolver en forma eficiente problemas de orden económico y social. Pero que, sin embargo, no asegura el paraíso en la tierra. Ni siquiera nos acerca a éste.

En *La democracia y sus críticos*, Dahl (1989:225-64) plantea que, en las sociedades contemporáneas, este régimen político puede definirse como un *conjunto institucional* que denomina *poliarquía*. Las instituciones de la poliarquía son: funcionarios electos; elecciones libres y justas; sufragio inclusivo; derecho a ser electo/a; libertad de expresión; fuentes alternativas de información y autonomía asociativa. Se deriva de allí una peculiar visión del sistema político, según la cual sus miembros se consideran entre sí como pares políticos, son colectivamente soberanos, y poseen todas las capacidades, recursos e instituciones necesarias para gobernarse a sí mismos/as.

El problema con la definición de democracia es que cuando se la define en términos de su fuente de autoridad (legitimidad: voluntad del soberano) o en relación con sus propósitos (el bien común) surgen serios problemas de ambigüedad e imprecisión. Para evitarlos se recomienda utilizar una definición *procedimental*. Se parte de la idea de que el procedimiento central de una democracia es la *selección* de los dirigentes, por el pueblo que ellos gobernarán, a través de *elecciones competitivas* (Huntington, 1991:5-9). Se trata, sin duda, de una definición mínima, aunque extremadamente simple, de democracia.

Al proponer o asumir una definición de democracia se trata de entender cuál es la naturaleza de las instituciones democráticas, cómo funcionan éstas, y las razones de porqué se desarrollan o porqué sucumben. Se trata de hacer de la palabra *democracia* una palabra que tenga sentido para la gente sencilla, es decir, que forme parte del sentido común. Del sentido compartido que, como dice Moscovici (1993:161), es una de las formas en que los seres humanos ordenamos nuestras experiencias, nos comunicamos y construimos la realidad. Para estos propósitos resultan mejores las definiciones empíricas, descriptivas e institucionales de la democracia.

En su sentido procedimental y empírico mínimo, entonces, se define un *sistema político* como *democrático*, si sus más poderosos decisores son electos (seleccionados) mediante elecciones pulcras y periódicas, en las cuales los candidatos compitan

libremente por los votos y en los que, virtualmente, toda la población adulta es elegible para votar.

Al combinar estas definiciones, resultan dos grandes dimensiones para definir lo que es una democracia: *competencia*, entendida como confrontación entre los aspirantes a gobernar y *participación* de los ciudadanos en las instituciones (partidos y agrupaciones) y en los procedimientos para seleccionar los gobernantes. Son dos dimensiones realistas y empíricamente ancladas de la poliarquía. Estas dos dimensiones suponen, además, la existencia de aquellas libertades civiles y políticas esenciales al debate político y a la conducción de campañas electorales: libertad de hablar, de publicar, de reunirse y de organizarse. E igualmente aseguran tres tipos de igualdad: la igualdad moral de todas las personas; la igualdad expresada en la presunción de que todas las personas adultas están dotadas de autonomía para decidir que es lo mejor para ellas; y finalmente, la igualdad política entre los ciudadanos, tal como es definida por los criterios del proceso democrático (Huntington, 1991:5-9).

ACCIÓN, ACTOR Y DISCURSO

Las nociones de acción y actor están estrechamente vinculadas con lo político. Dice Arendt (1958) que la pluralidad humana es la pluralidad paradójica de seres únicos y es la condición básica de la *acción* y del *discurso*. Esto ocurre así porque a través de la acción y del discurso los seres humanos revelan su unicidad distintiva ante otros y otras. Acción y discurso son los modos a través de los cuales las personas nos mostramos ante los otros y las otras, no como objetos físicos, sino como seres humanos. Una vida sin acción y sin discurso, dice Arendt en el mismo lugar, está literalmente muerta para el mundo. Ha cesado, para todos los efectos, de ser vida humana porque sin actos y sin palabras no se vive ya entre seres humanos. A través de los hechos y de las palabras nos insertamos en el mundo humano y esta inserción no es forzada por la necesidad sino por la presencia de los otros y de las otras. Por la existencia, como dijo Mead, de la comunidad. El mundo humano no es otra cosa que una red de relaciones e intercambios que existe en donde quiera que las personas vivan juntas. El *self* se constituye y se

revela a través del lenguaje, es decir, a través de los significados que se intercambian y que son función de los actos sociales (Mead, 1934:200-209).

Actuar, en su sentido más general, significa iniciar algo (*archein*) o poner algo en movimiento (*agere*). Significa accionar, obrar. El hecho de que el ser humano sea capaz de actuar, sea capaz de convertirse en agente, en actor, significa que lo inesperado puede esperarse, porque las personas somos capaces de ejecutar lo que es infinitamente improbable (Arendt, 1958).

Acción y discurso están estrechamente relacionados. Una acción que no se acompaña de palabras puede dejar de ser acción porque al no haber palabras no hay sujeto, y el actor, el hacedor de la obra, es posible sólo si es al mismo tiempo el que habla. La acción, en el sentido de Arendt, se revela como propiamente humana cuando tiene un acompañamiento verbal, mediante el cual la persona que habla se identifica a sí misma como el actor de la acción, anuncia lo que hace, lo que ha hecho y lo que hará. Esta concepción es, a mi entender, especialmente compatible con la noción de actor político. Es decir, con la idea de una persona (o personas) que ha propuesto o iniciado un curso de acción con el propósito específico de intervenir en la escena política, desplegando sus acciones y sus palabras frente a los otros ciudadanos para obtener su apoyo, y su acción, para realizar las tareas y alcanzar los fines políticos que se proponen.

CULTURA, THEMATA Y CULTURA POLITICA

De manera que, en tanto actores, para hacernos oír y para proponer nuestras acciones ante los demás, tenemos que hablar. Al hablar sostenemos y somos sostenidos por un discurso (o discursos). No hablamos una lengua sino que, como dice Eugenio Montejo, somos hablados por ella. La lengua nos habla a través del discurso que contiene la propia visión de la realidad y de sí misma que es generada por cada sociedad. Esta visión está anclada en una red de imágenes, creencias, valores, sentimientos, prácticas y tradiciones; en suma, todo lo que constituye una cultura. Lo cultural viene a ser una configuración compleja que contiene, además, nuestras

relaciones con el tiempo. Comprende el pasado, expresado en la memoria colectiva; el presente, vivido mediante los usos, las costumbres, las formas de lenguaje, de pensamiento y de acción que utilizamos en nuestras interacciones cotidianas; y el futuro, cuando visualizamos o imaginamos el porvenir desde el encuadre que nos provee esta red simbólica y su sistema de acciones. La cultura generada en cada colectividad provee, así, el carácter que distingue a esa sociedad y los fines que sostienen las aspiraciones y las orientaciones para la acción de las personas; asimismo, estructura los sistemas de interpretación y de representación de la realidad. Es decir, provee el marco que acoge las modalidades de conocimiento posibles para esa cultura.

En las culturas contemporáneas una de esas formas cognoscitivas es la representación social. Modalidad que supone la apropiación mental del objeto y su reconstrucción a través de los múltiples intercambios sociales de modo tal que la realidad física y social se nos haga inteligible (Moscovici, 1961:17-8).

En las culturas, además de fines, imágenes, ideas y sistemas de representación e interpretación, existen, según Moscovici, ciertos *contenidos potenciales* que no podemos expresar pero que manejamos de manera tal que nos permite representarnos un objeto, ausente o presente; o hacer que otras personas crean que ese objeto existe. En la ciencia esos contenidos potenciales están "...concentrados en proposiciones verbales e imágenes pictóricas que identifican el objeto al cual se refieren." Estas proposiciones e imágenes están combinadas en unidades de conocimiento denominadas *thémata*. Los *thémata* son unidades cognoscitivas muy *duraderas* y *estables* que dan forma y cambian las representaciones científicas particulares (Moscovici, 1993:162)³.

Al igual que la ciencia, el *conocimiento común* está articulado sobre contenidos potenciales o *thémata* canónicos que motivan e impulsan a las personas en sus búsquedas cognoscitivas. Son estos *thémata* los que vienen a la mente cuando nos

³ Como ejemplo de *thémata* en las ciencias Moscovici habla de la cualidad atómica de la materia, del supuesto de la unidad de las fuerzas naturales. En las ciencias sociales o la psicología puede mencionarse temas como la dualidad mente-cuerpo o la noción de sistema social.

enfrentamos con algún objeto o información no familiar y con lo que esta información nos comunica. Tematizar, dice Moscovici, es una de las principales operaciones lingüísticas y supone un cierto arreglo o combinación de palabras alrededor de un tópico dado. Cuando se investiga sobre las representaciones sociales una y otra vez estos contenidos potenciales se hacen visibles en el contenido real de la representación (Moscovici, 1993:163-64).

Los contenidos potenciales de una cultura pueden pasar al contenido real de una representación social. Ello ocurre cuando un *objeto*, en el sentido más amplio del término, la enfermedad, la identidad, la democracia, el cuerpo, la sociedad, entra en el campo de nuestros intercambios con los demás. Para Moscovici, esa entrada es posible a condición de que se consulte el registro de *thémata* y se elija uno que nos permita representarnos el objeto. Una vez que el objeto está “enganchado” en un tema que es básicamente inefable (porque su contenido es sólo potencial, no tácito o implícito), este contenido potencial se transforma en el contenido real de la representación cuando se ancla a un *contexto*, es decir, a una red de significados. Al estar anclado el objeto adquiere una *referencia* y recibe un determinado valor *semántico* (Moscovici, 1993:163).

Una representación, entonces, comprende o supone ciertos elementos centrales y autónomos, los *thémata*, cuyo papel en la representación es producir significados periféricos e imágenes asociadas con ellos (Moscovici, 1993:164). El entendimiento cotidiano entre las personas obtiene su significado del diálogo y de la interacción sociales en una comunidad dada, puesto que el lenguaje que hablamos está siempre articulado a una forma de vida, es decir, a una cultura. Puede afirmarse, entonces, que no existe diálogo o interacción posible en forma independiente de esta matriz sustantiva, la cultura, que alberga, entre otras cosas, los contenidos potenciales, aquellos que hacen a un determinado objeto inteligible o susceptible de ser hablado y comunicado.

Las nociones de *thémata* y de representaciones pueden servirnos para entender de que modo se producen nuevos contenidos o se revelan contenidos latentes, en ese

sistema de representaciones que son las culturas políticas de una sociedad. En efecto, si la representación social es un dispositivo cognoscitivo mediante el cual las personas, en una relación de intercambio, hacen inteligible la realidad física y social, la cultura política, entonces, puede ser entendida como un conjunto de representaciones que hace inteligibles los objetos y experiencias del mundo político, al tiempo que articula las interacciones y los intercambios concernientes a la esfera política en una sociedad, sin excluir las tensiones o los conflictos inherentes a la naturaleza de los fenómenos políticos (Dumont, 1977:31-34; Villarroel, 1998:7-11;225-238).

De manera que cuando se piensa en política, cuando se actúa políticamente se parte de un sistema de representaciones. Este sistema, o cultura política, concierne a las orientaciones globales para la acción referidas a las instituciones y las prácticas políticas. Es decir, tiene que ver con los valores, las actitudes, los conocimientos, las imágenes y los sentimientos relativos a las instituciones y a los fenómenos políticos. La cultura política contiene, asimismo, la elaboración de las diferentes experiencias y las modalidades de relación con la política peculiares de una sociedad, de una experiencia y de un tiempo específico (Villarroel, 1998:268-277). Valores, actitudes, conocimientos, experiencias y relaciones que estando referidas a lo político, sin embargo, exhiben y contienen rasgos culturales generales explícitos y contenidos potenciales o thémata (y sus significados e imágenes asociados) característicos de una determinada sociedad.

Es posible, así, conjeturar que la emergencia de nuevos actores en un sistema político suponga el surgimiento de un nuevo discurso y de nuevos contenidos para la cultura política. Es posible también suponer que, a pesar de su novedad, las representaciones emergentes conserven o contengan marcas o elementos culturales peculiares de esa sociedad. En las páginas siguientes se discutirá desde la perspectiva esbozada hasta aquí, dos hipótesis relativas a los más recientes avatares de la democracia venezolana.

II. PRIMERA HIPÓTESIS: UN NUEVO ACTOR COLECTIVO

Al observar el paisaje político venezolano reciente hay un hecho que resalta y se distingue inmediatamente. Se trata de la emergencia de nuevos actores políticos. Este fenómeno no es una novedad y ha sido ya analizado caracterizando a estos grupos como minorías activas (Villarroel, 1991) o especificando sus características y ámbitos de acción (Navarro, 1995; Parrilli y Serrano, 1996). Estos actores son vistos y se definen a sí mismos como *nuevos* porque, en el mejor sentido del concepto acción, han encabezado una nueva corriente no convencional de participación política; o bien, se trata de grupos o individuos que se han propuesto reformar y expandir los procedimientos democráticos con miras a obtener más representatividad, más responsividad por parte de los gobiernos y mayor participación por parte de los ciudadanos. Son nuevos actores por derecho propio. Pueden entenderse de este modo las acciones de los sectores de la sociedad civil organizada o los grupos políticos que emergieron en la sociedad venezolana durante las dos últimas décadas. Ello, sin duda, es importante y ciertamente ha producido cambios en la sociedad venezolana. Es evidente, sin embargo, que en la escena política se están desplegando las acciones de un nuevo, y a todas luces, importantísimo actor que está jugando un papel central en los acontecimientos actuales. Entendiendo por actual, por fijar un momento temporal, lo que viene ocurriendo desde 1989.

Las características⁴ de este nuevo participante en la vida política de nuestro país pueden especificarse como sigue. En primer lugar, aunque la noción misma sea discutible, pareciera que se trata de un actor colectivo. Y por colectivo ha de entenderse aquí que este nuevo actor está compuesto por *porciones* o *residuos* de todas las clases o estratos sociales. Ello quiere decir, en otras palabras, que no está constituido en forma predominante por ningún sector o clase determinada. No se trata ni de los de arriba, ni de los de abajo. Está formado tanto por individuos pertenecientes a las elites

⁴ El punto de partida de la caracterización es el análisis desarrollado por Arendt (1951:106-117) a propósito del antisemitismo francés durante el *affaire* Dreyfus.

(intelectuales, militares, profesionales, miembros de sectores sociales encumbrados, empresarios, industriales), cuanto por personas o grupos de los estratos populares, que van desde los más pobres entre los pobres hasta la clase media, la pobre y la empobrecida. En segundo lugar, los sectores así agrupados comparten el sentimiento, apoyado en hechos reales o construido imaginariamente, de que han sido *excluidos* de la sociedad y de las instituciones de representatividad social y política; es decir, son sectores que se han sentido ubicados, por los demás o por sí mismos, en la periferia, en las márgenes, en las orillas de la sociedad venezolana. Esto es, fuera de lo que constituía, hasta hace poco, la corriente principal de la vida social y política en nuestro país. Por lo mismo, y ésta es la tercera característica, estos grupos no le dan *ninguna importancia*, o en el peor de los casos, *desprecian* los mecanismos de representación y las instituciones representativas; desprecian, por decirlo brevemente, las principales instituciones de la poliarquía. Por último, estos sectores *demandan* ardorosamente (y sin duda han encontrado) un líder fuerte y resuelto capaz de resolver los indudables y agobiantes problemas de la sociedad venezolana.

Los comportamientos y expresiones de este nuevo actor se han venido desplegando en el escenario político desde hace varios años y ello me ahorra ilustraciones. Ahora se despliegan en el escenario constituyente. Lo que sí conviene subrayar es la manera como el actual presidente de Venezuela, Hugo Chávez, pasó a ser la encarnación de este actor colectivo. Lo que quiero decir no es que a Chávez lo respaldan estos sectores, aunque desde luego eso es cierto, sino que él proviene de allí. Su figura es una decantación o una *cristalización* de las aspiraciones, demandas, creencias, intereses, valores, sentimientos y resentimientos, que el nuevo actor colectivo ha venido desarrollando y acumulando a lo largo de los años. Su insurgencia política inicial a través de un fallido golpe de estado es, por lo mismo, característica. Dígase lo que se diga para justificar ese hecho, esa acción supuso un desprecio supremo por las instituciones de la democracia. La intentona golpista del 4 de febrero de 1992 es el primer acto público, abierto y organizado, de este nuevo actor colectivo.

El liderazgo de Chávez emerge claramente desde el exterior y, podría decirse, desde los bordes del sistema político. Chávez es un *outsider* en la política venezolana. Y no solo desde el punto de vista político. No es casual que el actual presidente de Venezuela provenga del estado Barinas. Estado que, debido a la misma dinámica centralista del Estado venezolano, sólo puede calificarse de periférico. Sea en términos de su contribución a la vida económica o espiritual del país; visto de acuerdo a la relación que ha existido en Venezuela entre los individuos que alcanzan el poder político y las regiones geográficas; o enfocando la relación entre la región centro-occidental, la más desarrollada, y los estados ubicados en las zonas más alejadas del centro y menos desarrolladas del país. No es casual tampoco que los orígenes sociales de Chávez se encuentren en la clase media pobre de una zona cuasi rural. Es decir, desde varios puntos de vista se entiende porque Chávez encarna y representa las aspiraciones de aquellos sectores que, con razón o sin ella, se han sentido excluidos en la sociedad venezolana.

¿Cuál es el origen de este actor colectivo emergente? Todo parece indicar que éste es un proceso que lleva décadas en gestación. Como es común al analizar un fenómeno complejo, también en este caso puede identificarse más de un factor contribuyente. Las políticas públicas erróneas y la progresiva ineficacia del gasto público, sin duda, condujeron a la exclusión real de sectores sociales, con el consiguiente aumento y extensión de la pobreza. Por otro lado, es bien sabido que el sistema judicial pocas veces funcionó con eficiencia para proveer justicia a los ciudadanos, muy especialmente a los pobres. A estos factores puede agregarse el viejo y el nuevo resentimiento de todos aquellos sectores que a lo largo de los gobiernos democráticos no fueron favorecidos o que fueron efectivamente lesionados en sus intereses por los decisores públicos. Puede pensarse, por ejemplo, en los sectores afines al perezjimenismo afectados especialmente durante los primeros años después de 1958. O en los grupos económicos acostumbrados al proteccionismo estatal, derivado de la política de sustitución de importaciones, que empezaron a perder privilegios al restablecerse los derechos económicos y producirse la

correspondiente apertura, durante la segunda presidencia de Carlos Andres Pérez. También cabe pensar en sectores de la izquierda radicalizada que en el caso venezolano pocas veces fueron adversarios leales de la democracia. Conviene recordar, en este sentido, las insurgencias civiles armadas de los sesenta y las sublevaciones militares de Carúpano y Puerto Cabello. En fin, se trataría de todos aquellos grupos que, con buenas razones o sin ellas, tienen algún reclamo contra los gobiernos y sus políticas, contra personas, grupos o sectores que han estado en el poder, o bien contra las instituciones relacionadas con los gobiernos democráticos. Reclamos que estos sectores extendieron, en bloque, hacia la democracia como régimen político.

A lo anterior se suma, en la última década, la clara insuficiencia de los ingresos petroleros para satisfacer las crecientes necesidades y demandas de la población. Demandas y necesidades que, como consecuencia de la mayor diferenciación y del desarrollo democrático mismo, se hicieron más amplias y más complejas. Finalmente, conviene recordar la sucesión de escándalos, denuncias y juicios relativos a la corrupción, que incluso llevaron a la destitución de un presidente. La corrupción, al parecer y de acuerdo a los denunciantes, se extendió tanto en escala cuanto en alcance a lo largo y ancho de la sociedad venezolana. Esta apreciación, sin embargo, merece ser acotada. Durante los ochenta, la denuncia reiterada, y no necesariamente fundamentada, de la corrupción operó como un dispositivo que sirvió al liderazgo emergente para alcanzar notoriedad política. Este recurso probablemente también contribuyó a la percepción de que la democracia estaba herida de muerte y necesitaba un salvador.

En este cuadro de debilitamiento del sector civil, la mesa estaba servida para la insurgencia del estamento militar. Sin embargo, el descrédito de las instituciones, las denuncias de corrupción o la crisis de las finanzas públicas no explican por sí solas la fuerza y el arrastre que este nuevo actor y su encarnación tienen en el escenario político venezolano. Para comprender, no solo la emergencia sino el horror y la fascinación que, simultáneamente, el nuevo actor colectivo y su líder ejercen en la imaginación venezolana es conveniente examinar ahora algunas características de su discurso.

III. SEGUNDA HIPOTESIS: EL ACTOR Y SU DISCURSO

Las condiciones que hicieron posible el surgimiento del nuevo actor colectivo en la política venezolana fueron, a un tiempo, creando una suerte de nuevo o renovado discurso político. Mi conjetura es que progresivamente fue cuajando en las márgenes de la sociedad una configuración cultural compleja y, en buena medida, confusa que hoy recupera de un solo golpe el pensamiento totalizante, la ilusión utopista y el discurso revolucionario, mezclándolos con fuertes elementos autoritarios y con el ideario político del siglo XIX. Una representación divergente, casi diría antagónica, en relación con el sistema de representaciones, escasamente ideológico y carente de certezas, que puede generarse en la democracia.

Que el actual presidente de Venezuela haya podido articular un discurso así y que ese discurso resonase en la imaginación del electorado, sugiere que los elementos de esa manera estructurados están presentes en las representaciones. Esta es la segunda hipótesis que se discutirá en este artículo. La fuerza del liderazgo de Chávez proviene, en buena medida, de que su discurso combina y estructura una serie de *thémata* de la cultura venezolana. Es decir, si se sigue la definición de Moscovici, se estaría hablando de *contenidos potenciales* de nuestra cultura, y en consecuencia de nuestra cultura política. Contenidos generados por la sociedad y referidos a la visión de sí misma y de los procesos históricos, políticos y sociales. Estos temas, precisamente, por ser potenciales han aparecido escasamente en los discursos que han circulado (y sin duda circulan) y en las interacciones sociales. Apenas, se les ha vislumbrado. Pero, sin embargo, estos contenidos potenciales presiden y estructuran las interacciones simbólicas entre los diferentes actores sociales. Desde una perspectiva psicosocial, puede conjeturarse que el entusiasmo y el temor que por igual suscita el presidente han sido movilizados porque su discurso y sus acciones reales (y aquellas que promete) revelan lo inefable. Aquello que está allí, que tiene un lugar en las representaciones, pero de lo que no se habla (o no se hablaba) en nuestra sociedad.

Los tópicos a los que aludo se refieren a ese centro de gravedad que atesora los elementos más característicos de nuestra cultura. Aquellos elementos que se han configurado a lo largo de nuestra historia y que forman parte de nuestra identidad profunda y que nos sirven para pensar y dar significado a los eventos históricos y sociales.

El primero se relaciona con la idea del tiempo. Consiste en una cierta visión de la *historia*, y del cambio histórico, como *ruptura* radical con el pasado. Si se examina rápidamente dos de los acontecimientos históricos más salientes de la última mitad del siglo, vemos como en cada caso, se los vive y se los interpreta como un desgarramiento radical de la sociedad, una ruptura con un pasado ignominioso y un lanzamiento de la sociedad hacia un futuro luminoso. Así la interpretación que se hizo (y se hace) de la, así llamada, revolución de octubre en 1945. Origen, como se sabe, de uno de los procesos constituyentes que hemos vivido en este siglo. De igual manera se interpretó los sucesos y procesos de 1958, después de la caída de Pérez Jiménez. En Venezuela, nos resistimos a aceptar que los procesos políticos, históricos o sociales transcurren en la tensión que se da entre la continuidad y el cambio. Privilegiamos el polo del cambio. Siempre estamos volcados al futuro, y cualquier tiempo pasado fue peor. Por ello cada vez que se habla del cambio social y político se habla, por ejemplo, de refundar o de hacer renacer a Venezuela (o a la República). Lo que quiere decir empezar todo desde el principio. Vivimos la historia como una suerte de tiempo mítico, en el cual cada ciclo nos devuelve al momento fundacional para relanzarnos hacia el futuro. Esta noción de la historia como ruptura radical con el pasado, hasta donde alcanza mi conocimiento, no está escrita, dicha o formulada. Y, sin embargo, cada vez que ocurre un evento histórico o un proceso social que ha de ser interpretado, esta imagen, este tópico es el que nos permite darle significado. La interpretación y conducción del proceso constituyente que hacen el presidente Chávez y sus seguidores se ajusta bastante bien al argumento. Pero lo que quiero decir es que no constituye una novedad. El tiempo del cambio político en

nuestro país ha sido un tiempo mítico, fundaciones y orígenes; de ninguna manera un tiempo de continuidades.

Esta visión de la historia como ruptura radical con el pasado, se relaciona (o quizás forma parte), con la propia imagen que los venezolanos tenemos del país. Este es el segundo de los contenidos potenciales puesto a circular en el discurso del nuevo actor colectivo. Conciérne a una imagen de nuestro país que está latente en las representaciones que sobre Venezuela ha producido la literatura de pensamiento. Imagen que una reciente investigación de Hannot (1996) ha puesto al descubierto. La mirada con que se ha visto al país es siempre una “mirada inconforme” que percibe a Venezuela como un país provisional e inconcluso, del cual lo positivo ha sido extirpado. Esta visión de Venezuela se sostiene en dos esquemas que el trabajo de Hannot identifica claramente: por un lado, se ve al país como error, como pérdida, como azar y, por el otro, se lo representa como ausencia, debilidad, incompletud (Hannot, 1996: 32-42; 530-534; 596-602). Esta interpretación es común a la representación del país que exhiben casi todos los ensayistas venezolanos considerados en ‘La mirada inconforme’, tanto en el siglo pasado, cuanto en este siglo. Según Hannot, en esta manera de representarse a Venezuela lo que predomina es el pesimismo y la idea de que Venezuela es el resultado de una equivocación. Es el producto de un “error histórico, espacial, cultural, moral”. El núcleo de la reflexión ensayística sobre Venezuela está constituido por la hipertrofia de la visión crítica: nada nos parece bueno a los venezolanos. Esta representación tan negativa de nuestro país se explica, según Hannot, porque se produce desde una *interpretación moral* de la historia y porque se *desarticulan* los acontecimientos así interpretados de los procesos y las estructuras de los cuales han surgido⁵. Si la visión que se tiene del país es tan negativa, no debe sorprendernos que cada vez nos empeñemos en borrar el pasado, en cortar de raíz y volver a empezar.

⁵ Un ejemplo sirve para ilustrar. La famosa estructura clientelar del estado venezolano, de acuerdo a la interpretación moral, no resulta del hecho cierto de que en el momento en que comienza nuevamente la democracia, en 1958, sólo el Estado estaba en capacidad de generar el empleo que se necesitaba en forma urgente, para permitir a numerosos sectores sociales un acceso rápido a ciertos niveles de bienestar. No.

Al lado de la noción sobre la historia y de la visión del país, en el discurso político del nuevo actor de que hablamos se expresa, asimismo, una imagen o idea de la *política*. Este contenido representa la política como una relación que conjuga tres elementos: lucha, poder y voluntad. En 'Idea de la política', García Pelayo sostiene que al examinar el pensamiento político de todos los tiempos surgen dos imágenes de la realidad política. Una, se despliega en la tensión, el conflicto y la lucha; otra, considera el conflicto como una realidad a superar por referencia a una idea o sistema axiológico que permitirá acceder a un orden cierto de convivencia, es decir, se trata de una imagen de la política, completamente distinta a la anterior, que se despliega en la búsqueda de paz, de justicia y de razón (García Pelayo, 1998). La política, pues, puede ser vista como lucha y antagonismo; o puede ser pensada como un orden creado por la razón por encima de los avatares históricos y las luchas particulares. Para la primera imagen, el poder es una lucha incesante y la política se disuelve en relaciones y confrontaciones sobre el poder como despliegue de la voluntad; en la otra, la política tiende a la paz, gira en torno al concepto de justicia, y procura la construcción del orden justo.

Pues bien, creo que en nuestro país, la idea de la política potencialmente inscrita en las representaciones ha sido la imagen que combina lucha, poder y voluntad. Aún en medio de las conciliaciones, los pactos y las negociaciones, y de la tolerancia inherentes a la existencia de la democracia, es esta noción la que nos ha permitido representarnos y comprender los fenómenos políticos. En este momento, en Venezuela, esta construcción simbólica ha dejado de estar en forma potencial en las representaciones políticas y se convertido en un contenido crucial de la representación dominante (y oficial) acerca de la realidad política. Mi conjetura es que las metáforas guerreras que plenan el discurso de Chávez no provienen solamente, como se cree, de su formación militar sino de esta unidad cognoscitiva que define la política, antes que nada, como lucha y confrontación.

Este fenómeno, cuestionable por lo demás, es interpretado como resultado de las perversiones inherentes a nuestra clase política y a la necesidad de esta clase de copar todos los espacios posibles en la sociedad venezolana.

Después de todo somos un país pacífico. No somos un país de guerreros, prueba de ello es que las luchas libradas por el ejército venezolano en este siglo, son más bien escasas.

El último contenido potencial de las representaciones que, a mi juicio, ha dejado de serlo y se ha convertido en un contenido real, es lo que llamo el *ethos* de Tío Tigre y Tío Conejo. Todos seguramente recordamos los cuentos de Antonio Arráiz sobre el ingenioso y solapado conejo, que siempre logra burlar la autoridad, sin duda ilegítima, del tigre depredador y poderoso. Los cuentos de Tío Tigre y Tío Conejo son la versión venezolana del mito de David y Goliath. El individuo pequeño y débil que con su ingenio y su voluntad logra burlar al gigante poderoso, arbitrario y brutal. En la práctica, durante las décadas democráticas este *ethos* había sido un contenido potencial que sólo se expresaba en forma oblicua en la admiración contenida que se tiene en nuestro país por el transgresor, por la persona que va más allá de los límites. El trabajo de Márquez (1999) sobre los niños y jóvenes que viven las calles de Caracas, revela como el miedo y la admiración se unen en el surgimiento del *malandro*. Para defenderse de las agresiones y de las humillaciones que resultan de ser, al inicio, “buenos tipos” los niños entrevistados relatan como asumen la violencia, el uso de un arma, como una marca poderosa de masculinidad que los protege del acoso, el abandono o la indiferencia (Márquez, 1999:196-199). Se encuentra también en sus relatos una suerte de admiración por el individuo que obtiene rápidamente lo que a los tontos que respetan la ley les cuesta años conseguir, si es que lo consiguen. Los niños cuentan de que manera ingeniosa burlan a la policía y a otras autoridades, al tiempo que se perciben a sí mismos como guerreros rebeldes con capacidad de sobrevivencia. La actuación que estos niños y jóvenes ejecutan para engañar a la policía es presentada como el arma de los débiles (Márquez, 1999:108;203-204;210-211). Al parecer en nuestro país nos sentimos fascinados por los transgresores. Esta fascinación puede provenir de que durante mucho tiempo, sin duda, nuestras autoridades han sido ilegítimas y crueles, y sólo mediante el ingenio y la rapidez pudimos sobrevivir a ese poder aterrador. Lo que sugiere la admiración al transgresor es que en Venezuela la autoridad, en general, pocas veces ha

sido considerado legítima. En realidad, esto merecería una reflexión mayor. En este momento, y para concluir, lo que quiero señalar es que el presidente Chávez que, entre otras cosas se atribuye el mérito de haber conspirado dentro del ejército durante más de una década sin que sus superiores lo detectaran, representa en el imaginario colectivo al transgresor supremo, a aquel individuo que se enfrenta a un poder desprestigiado, torpe e ilegítimo, y lo vence. El arco de esa transgresión va desde la intentona golpista del 4 de febrero hasta la asamblea constituyente. Conviene decir, sin embargo, que en el marco genuino de una democracia con problemas pero que, de acuerdo a las definiciones, funciona, el nuevo actor colectivo y su más conspicuo representante han alcanzado la legitimidad que la democracia puede dar.

REFERENCIAS

- Arendt, H. (1951) *The Origins of Totalitarianism*. Nueva York: Harcourt, Brace and Company.
- Arendt, H. (1958) *The Human Condition*. Chicago. The University of Chicago Press.
- Dahl, R. (1989) *Democracy and its critics*. New Haven: Yale University Press.
- García Pelayo, M. (1998) *Idea de la Política*. Caracas: Fundación Manuel García Pelayo.
- Hannot, T. (1996) 'La mirada inconforme. Una exploración crítica de la literatura de pensamiento en Venezuela.' Tesis de doctorado. Caracas. U.S.B.
- Huntington, S. P. (1991) *The Third Wave. Democratization in the Late Twentieth Century*. Norman y Londres: University of Oklahoma Press.
- Márquez, P. (1999) *The Street is my Home. Youth and Violence in Caracas*. Stanford. Ca: Stanford University Press.
- Mead, G. H. (1934) *Mind, Self and Society*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Moscovici, S. (1993) 'Introductory Address'. First International Conference International on Social Representations. *Papers on Social Representations*. Vol. 2 (3):160-70.
- Navarro, J. C. (1995) 'Venezuela New's Political Actors'. En L. Goodman, J. Mendelson Forman y otros. *Lessons of the Venezuelan Experience*. Washington: The W. Wilson Center Press/The Johns Hopkins University Press.
- Parrilli, V. y Serrano C. S. (1996) 'Nuevos actores sociales en el ámbito de lo político. Una exploración sociológica de su surgimiento'. Caracas. U.C.A.B.
- Picón Salas, M. (1988) *Suma de Venezuela*. Caracas: Monte Avila Editores.
- Picón Salas, M. (1990) *De la Conquista a la Independencia y otros estudios*. Caracas: Monte Avila Editores.
- Sen, A. (1999) 'Democracy as a Universal Value'. *Journal of Democracy*. Vol. 10 (3):3-17.
- Villaruel, G. (1991) 'Los nuevos modos de acción política y el papel de las minorías en el cambio social. Un caso: Matancero-Causa R en Guayana, Venezuela'. En M. Montero.

Coord. *Acción y discurso. Problemas de psicología política en América Latina*. Caracas: Eduven.

Villarroel, G. (1998) 'Las representaciones políticas del venezolano. Correspondencias y tipologías'. Tesis de doctorado. Caracas. U.C.V.